

XXIX DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO C

Ex 17, 8-13; Sal 120; 2Tm 3, 14-4,2; Lc 18, 1-8

Y Les decía una parábola para inculcarles que era preciso orar siempre sin desfallecer. "Había un juez en una ciudad, que ni temía a Dios ni respetaba a los hombres. Había en aquella ciudad una viuda que, acudiendo a él, le dijo: "¡Hazme justicia contra mi adversario!" Durante mucho tiempo no quiso, pero después se dijo a sí mismo: "Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, como esta viuda me causa molestias, le voy a hacer justicia para que no venga continuamente a importunarme." Dijo, pues, el Señor: "Oíd lo que dice el juez injusto; y Dios, ¿no hará justicia a esperar? Os digo que les hará justicia pronto. Pero, cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?"

La semana anterior el evangelio nos presentaba al samaritano leproso que regresaba ante Jesús no solamente para darle las gracias por la curación recibida, sino porque reconoció a Cristo como Señor, como el verdadero maestro. Tanto el evangelio, como la segunda lectura, están enmarcados en un contexto escatológico, insisten en la oración y en el mantenernos firmes.

Podemos dar dos grandes ideas que emanan de las lecturas de este domingo. La primera de ellas es la necesidad de la constancia: «...hazme justicia contra mi adversario...». Muchos pasajes de los evangelios sinópticos, tratan sobre este requerimiento a Cristo por medio de la oración, incluso San Pablo nos invita concretamente a orar con insistencia. Esta insistencia en la oración significa, que la oración debe realizarse con constancia y la fidelidad de creer que Dios es fiel a sus promesas. El Evangelio tiene una finalidad bien concreta, señalada por el mismo evangelista: «...Jesús, para explicar a los discípulos cómo tenían que orar siempre sin desanimarse, les propuso esta parábola...», si aquella pobre viuda pudo conseguir que el juez iniciara la escuchara por sus insistentes ruegos, con mucha mayor razón Dios escuchará, a sus hijos cuando le claman justicia.

Es comprensible, que los creyentes-católicos, muchas veces sientan en carne propia el peso de la injusticia, de la persecución, y, entonces, surja en su interior cierto resentimiento, o en algunos casos sed de justicia. Ante esta situación, el evangelio expresa claramente que sólo el juez puede hacer justicia y que nadie puede hacerse de ese derecho, por cuenta propia. Pero ello no significa que el creyente se quede con los brazos cruzados, el evangelio de hoy remarca la necesidad de orar insistentemente, en una actitud confiada. Cuantos cristianos, se desaniman casi inmediatamente cuando al recurrir a Dios, en la oración, y pedirle que les conceda algún bien, al no verse beneficiados abandona la oración. Tantas veces este abandonar la oración, se traduce en un no creer en el Dios de Jesucristo.

El creyente, que deja de orar cae fácilmente en manos del enemigo, en las sutilezas que el demonio presenta, sobre todo interpelándonos e interpretándonos nuestra vida como manifestación del desamor de Dios para con nosotros; llevando al hombre, de esta manera, a prácticas de creencias mágicas, y de tantos otros sucedáneos, que el mundo moderno propone para dejar de lado todo aquello que pueda ser sufrimiento. San Juan Crisóstomo nos dice: «...Admite, pues, con gusto las exhortaciones del Señor: debes querer lo que manda y debes no querer lo que el mismo Señor prohíbe. Considera, finalmente, cuánta es la gracia que se te concede: tratar con Dios por la oración y pedir todo lo que desees. Y aunque el Señor calla en cuanto a la palabra, responde con los beneficios. No desdeña lo que le pides, no se hastía sino cuando callas...» (San Juan Crisóstomo, Hom. sobre S. Mateo, 15).

Es importante señalar, que la oración insistente, que lleva al abandono confiado y total en la paternidad de Dios, no está dirigida a un Dios impersonal, lejano de nuestra vida. La oración, es la vivencia concreta en la vida del creyente de participar de la vida y de los bienes de Dios Padre. Podríamos al respecto mencionar las palabras que le dirige el padre al hijo mayor en la parábola del hijo pródigo: «...hijo, tú siempre estás conmigo y todo lo mío es tuyo...». En este sentido, tantas veces los cristianos no viven su oración, como una unión a Dios Padre, que se nos ha revelado en Jesucristo, porque su misma vida cristiana, la viven como una pertenencia formal a la Iglesia, como una adhesión doctrinal a Cristo, pero en su interior no se sienten hijos del Padre Misericordioso. El creyente –el cristiano-, es uno que ha nacido a una nueva vida en Cristo, y por eso a semejanza de Cristo, que siempre oraba a su Padre en la oración. Es así que la oración del Padre Nuestro comienza: Padre.

Dios es un Padre Providente, que atiende a sus hijos; así se nos invita que en la oración no dejemos de confiar en el Señor, porque Él nos asistirá en cada momento de nuestra vida. Al respecto dice el Papa Francisco: «...en la parábola de la viuda que iba al juez corrupto, quien no la oía, no quería oírla; pero ella era tan inoportuna, molestaba tanto, que al final, para alejarla de manera que no le diera demasiadas molestias, hizo justicia, lo que ella pedía. Esto nos hace pensar en nuestra oración. ¿Cómo oramos nosotros? ¿Oramos así por costumbre, piadosamente, pero tranquilos, o nos ponemos con valentía ante el Señor para pedir la gracia, para pedir aquello por quién rogamos?. La actitud es importante, porque una oración que no sea valiente no es una verdadera oración. Cuando se reza se necesita el valor de tener confianza en que el Señor nos escucha, el valor de llamar a la puerta. El Señor lo dice, porque quien pide recibe, y quien busca encuentra, y a quien llama se le abrirá...» (Papa Francisco, Misa en Santa Marta, 10 de octubre de 2013).

El Beato Papa Juan Pablo II dijo: «...La pregunta, con la que Jesús concluye la parábola sobre la necesidad de orar "siempre sin desanimarse" (Lc. 18, 1), sacude nuestra alma. Es una pregunta a la que no sigue una respuesta; en efecto, quiere interpelar a cada persona, a cada comunidad eclesial y a cada generación humana. La respuesta debe darla cada uno de nosotros. Cristo quiere recordarnos que la existencia del hombre está orientada al encuentro con Dios; pero, precisamente desde esta perspectiva, se pregunta si a su vuelta encontrará almas dispuestas a esperarlo, para entrar con Él en la casa del Padre. Por eso dice a todos: "Velad, pues, porque no sabéis ni el día ni la hora" (Mt 25, 13)...» (Homilía del Santo Padre Juan Pablo II, 21 de octubre de 2001). Estimados hermanos, oremos sin desfallecer, con constancia, no para que Dios haga lo que le pedimos sino primeramente entremos en comunión con Él.

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar